

Verónica González Ugarte

Artespacio

Por: Ernesto Muñoz

La presencia de la artista chilena Verónica González Ugarte no pasa inadvertida en el mundo de arte. Su larga y prolífera trayectoria la avala. Destacan en ella un fuerte carácter, su prolijidad y perseverancia.

El arte no necesariamente suele ser la castigada representación del espíritu del artista, donde todos infieren interpretaciones monocordes de sucesos adjuntos a su personalidad. El objetivo central del arte, en general, es una sana pretensión: introducirse en el imposible mundo de la fantasía, que avizoramos en nuestra mente en todo momento de lucidez o ensoñamiento.

Esto permite a los artistas incorporar elementos materiales concretos o hacer uso de elementos abstractos, capaces de traspasar la sensibilidad emocional del espectador, provocando un gozo o un rechazo innato. Sin embargo, no por ello deja de ser arte. El arte es un juego que algunos saben administrar con destreza y que permite a los espectadores sumergirse en paisajes ilusorios, contemplar fotografías de personas que nunca verán, conocer lugares imaginarios o asociar estados de ánimo con momentos vividos frente a una obra. De esta manera, el artista puede construir y estar presente en lugares o momentos que nunca vio físicamente o que quizás nunca vivió, pero que existieron en su mente. Al rescatarlos y materializarlos, alcanza un éxtasis personal, un logro visual.



Verónica González. NUBES II, 2024. Acrílico y dibujo en grafito sobre tela. 100 x 230 cm (39 3/8 x 90 9/16 pulgadas). Cortesía: Artespacio.

Este concepto está estrechamente relacionado con la obra de Verónica González Ugarte. En el preludio de su exposición “Ceniza y huella”, se percibe una mirada celosa hacia la naturaleza y el vejamen que sufre a manos de los seres humanos, quienes la castigan sin cesar. No obstante, la naturaleza logra recuperarse. Sin embargo, las huellas de esta agresión permanecen: quedan los restos, las secuelas y sus crueles resultados. Son estas huellas las que guían la obra de González Ugarte en esta ocasión. La artista las ha ido coleccionando pacientemente a lo largo de su vida, fruto de la recolección de elementos vegetales en lugares ignotos para la mayoría de los espectadores.

El punto central y de partida de su obra es el fuego, que, junto con el agua, el aire y la tierra, constituye uno de los cuatro elementos vitales para la vida humana. El fuego, por su calor y luz, ha sido considerado un elemento purificador en ciertas creencias y un mediador entre

el cielo y la tierra. Sin embargo, al igual que los otros elementos, puede convertirse en un enemigo devastador de los seres vivos. Grandes inundaciones, tsunamis, aire contaminado, terremotos e incendios son expresiones de catástrofes que nos recuerdan que aún no somos capaces de controlar la naturaleza.

El fuego en la obra de González Ugarte es aquel que domina los materiales utilizados en el arte visual. Se trata de un uso inusual de este elemento, que es controlado para imitar huellas dejadas de manera natural en el entorno. En su trabajo, la artista hace alusión a la similitud entre las huellas dejadas en nuestras mentes tras haber experimentado situaciones extremas, como accidentes, pérdidas de seres queridos, rupturas sentimentales, y las pequeñas desavenencias cotidianas. Después de las brasas quedan las cenizas, pero en ellas se estampan las huellas que evocan lo sucedido. De manera similar, nuestra mente almacena información en el subconsciente, la cual aflora en momentos insospechados. Las huellas conviven con nosotros, al igual que las marcas dejadas por los incendios en los bosques.

En la exposición “Ceniza y huella”, la artista propone diversas imágenes para los espectadores de manera sutil, acercándose al tema del reencuentro con la naturaleza. Esta naturaleza, fosilizada, estropeada y malherida, se percibe en las huellas dejadas por no sabemos quién y recogidas por la artista en sus paseos contemplativos por bosques, praderas, lagos y ríos. Logra plasmar con éxito las sensaciones de desazón y dolor al observar la soledad del bosque y la descomposición de sus elementos: vegetales, moreras, hongos o protistas. Este concepto se refleja en las instalaciones denominadas Cien pequeñas naturalezas [2023], donde las intervenciones pueden interpretarse como un deseo de perpetuar imágenes de cosas, y no las cosas en sí mismas. Es un juego en el que aflora el subconsciente del artista, surgen sus huellas y se crean imágenes de seres que nunca existieron. Y como sus huellas permanecen, es necesario crearlos, inventarlos o idearlos.

ERNESTO MUÑOZ